

## UNA MÁQUINA DE COSER, MELODÍAS Y MISIONES

Por Timoteo y Lynn Anderson

Como sucedía frecuentemente, un día la pequeña máquina “Singer” cosía un vestidito de uno de los tres hijos de Lelia Naylor Morris. Las manos de la madre estaban ocupadas con su costura, pero su corazón estaba adorando al Señor. De pronto un canto nuevo llenó su mente, así que dejó la prenda a un lado y se sentó al piano. Ella ahora fue la “singer” (la que canta, en inglés), y buscó un papel para anotar las palabras y la música. Y luego guardó su escrito, considerándolo un regalo de Dios. Solamente el Señor sabía del tesoro de alabanzas que la señora Lelia iba cantando y guardando en una gaveta.

Con el tiempo había muchos himnos que brotaron de su corazón mientras atendía sus quehaceres. Un día comentó a su madre lo que estaba haciendo, y ella le aconsejó que compartiera el archivo de partituras con el director de música de su congregación. Entonces un dentista, Henry Gilmore, publicó los cantos, y empezaron a ser conocidos en campamentos cristianos y retiros espirituales. El hogar de Lelia y su esposo, Charles, siempre estaba lleno de estudiantes, amigos y evangelistas debido a su cálido ambiente y excelente colección de libros. Los visitantes viajeros cantaban con la familia alrededor del viejo piano y llevaban las nuevas alabanzas a otros lugares.

Tres experiencias marcaron la niñez y juventud de Lelia. A los diez años, después de un servicio dominical, pasó adelante llorando. Un señor, al ver sus lágrimas, se arrodilló junto a ella y le dijo: “Niñita, Dios está aquí y muy dispuesto a perdonar sus pecados”. Ese día experimentó el gozo del perdón y la salvación en Cristo.

El segundo cambio en su vida fue cuando tuvo el privilegio de recibir clases de música. Ensayaba en el piano de unos vecinos, porque su familia no contaba con recursos para comprar uno. A los doce años ya tocaba el órgano para los cultos de oración. Su música siempre estaba dedicada al Señor.

La tercera experiencia radical fue la muerte de su padre. Por necesidad económica, muy joven Lelia empezó a trabajar en una boutique de sombreros para damas, junto con su madre y hermana. En aquella época las mujeres siempre llevaban sombreros con plumas, cintas y flores al salir de la casa. Atendían bien a los clientes, como si fuera para su Señor Jesucristo. Aunque lamentaban la falta que les hacía su esposo y papá, aprendieron a confiar en Dios y vivir en victoria espiritual.

A los diecinueve años Lelia se casó, y por casi cincuenta años vivió en la misma casa en un pueblo del estado de Ohio. Allí se levantó una placa conmemorativa en su honor después de su muerte. Nació en 1862 y murió en 1929.

Cuando tenía 51 años empezó a fallar su vista, y los tratamientos médicos no surtieron efecto. Para que pudiera continuar escribiendo música, su hijo le construyó un pizarrón con pentagrama de nueve metros de ancho, que le permitió dibujar notas grandes. Sin embargo, al año estaba completamente ciega. Una hija, Fanny, vivía lejos y durante visitas anuales, su madre le dictaba la letra y las notas de docenas de nuevos cantos que había compilado en su mente durante su ausencia.

Otra hija, Mary, se encontraba aun más distante, pues era misionera, junto con su esposo, en la China. Su madre siempre había sido activa en apoyar misiones, así que para ella fue una dicha contar con misioneros en la familia. El yerno tradujo algunos de los mil himnos que había escrito su suegra, y le presentó un himnario en chino. Los cantos de Lelia Morris, una humilde ama de casa que amaba al Señor, han llegado a muchos países, incluyendo la India, África, Corea y América Latina.

Dos son muy conocidos en español: “A Combatir” (\*) y “Del santo amor de Cristo” (\*\*).

### **Del santo amor de Cristo**

1. Del santo amor de Cristo que no tendrá su igual,  
De su divina gracia, sublime y eternal,  
De su misericordia, inmensa como el mar  
Y cual los cielos alta, con gozo he de cantar.

Coro: El amor de mi Señor grande y dulce es más y más;  
Rico e inefable, nada es comparable al amor de mi Jesús.

2. Cuando él vivió en el mundo la gente lo siguió,  
Sus penas y angustias en él depositaron;  
Entonces, bondadoso, su amor brotó en raudal  
Incontenible, inmenso, venciendo todo mal.

3. El puso en las pupilas del ciego nueva luz,  
la eterna luz de vida que brilla de la cruz,  
Y dio a sus seguidores la gloria de su ser  
Al impartir su gracia, su Espíritu y poder.

4. Su amor, por las edades del mundo, es el fanal  
que marca esplendoroso la senda celestial,  
Y el paso de los años lo hará más dulce y más  
Precioso al darle al alma su incomparable paz.

LETRA y MÚSICA: Lelia N. Morris, 1912, trad. Vicente Mendoza

(\*) “A Combatir” CSG #532, FA #250, VC #204, Sólo a Dios la Gloria #601.

(\*\*) “Del santo amor de Cristo” CSG #349, VC #115, HB #90, LLB #249, GD #113, GT #87, Mil Voces #58, Himnario Internacional #40, Sólo a Dios la Gloria #150, Alabanza Cubana #171.

Usado con permiso.

***ObreroFiel.com – Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.***